

## CAPITULO XVI

Viaje por la costa hasta Coquimbo.—Cargas llevadas por los mineros.—Coquimbo.—Temblor de tierra.—Terraza en forma de escalinata.—Falta de depósitos recientes.—Contemporaneidad de las formaciones terciarias.—Excursiones al valle.—Viaje á Guasco.—Desiertos.—Valle de Copiapó.—Lluvias y terremotos.—Hidrofobia.—El Despoblado.—Ruinas indias.—Cambio climatérico probable.—Lecho de un río cubierto por una boveda á consecuencia de un terremoto.—Tempestad de viento frío.—Ruidos que salen de una colina.—Iquique.—Aluvión salino.—Nitrato de sosa.—Lima.—País malo.—Ruinas del Callao invertidas por un terremoto.—Aplanamiento reciente.—Conchas halladas en el San Lorenzo; su descomposición.—Llanos en que se hallan enterrados conchas y fragmentos de porcelana.—Antigüedad de la raza india.

### Chile septentrional y Perú.

27 de Abril de 1835.—Salgo para Coquimbo desde donde tengo intención de ir á visitar á Guasco y más tarde á Copiapó, punto en que el capitán Fitz-Roy ha tenido la bondad de ofrecermé que irá á buscarme. La distancia en línea recta, á lo largo de la costa, no es más que de 420 millas (675 kilómetros); pero las muchas vueltas que me propongo dar harán el viaje mucho más largo. Compro cuatro caballos y dos mulos; estos últimos para que alternativamente lleven el equipaje. Los seis animales me cuestan en junto 625 francos, y al llegar á Copiapó los vuelvo á vender en 575. Viajamos con la misma independencia que en mis excursiones anteriores; hacemos nuestras comi-

das y dormimos al aire libre. Al dirigirme hacia el *Viño del Mar*, echo la última ojeada á Valparaíso, y por última vez admiro su pintoresco aspecto. Algunos estudios geológicos me obligan á dejar el camino ancho para llegar hasta el pie de la Campana del Quillota. Atravesamos una región formada de aluviones, ricos en minerales de oro y llegamos á Limache, donde dormimos. Los habitantes de muchas chozas esparcidas por las orillas de todos los arroyos se proporcionan medios de existencia lavando las tierras para sacar el oro; pero como todas aquellas gentes, cuyos ingresos son accidentales, son gastosos, y por consiguiente, pobres.

28 de Abril.—Llegamos por la tarde á una finca situada al pie del monte de la Campana. Los habitantes son propietarios del suelo, lo cual es raro en Chile. No tienen otro medio de vivir que los productos de un jardín y un pequeño campo, y están muy pobres. Es tan raro el capital en este país, que los labradores tienen que vender el trigo, todavía verde, para comprar lo que necesitan, de donde resulta que está más caro el trigo en el mismo lugar de su producción, que en Valparaíso, donde viven los traficantes. Al otro día volvemos á tomar el camino ancho para Coquimbo. Por la tarde cae un ligero chubasco, primera lluvia que veo desde el 11 y 12 de Septiembre del año anterior, cuando tuve que estar prisionero dos días por las fortísimas lluvias en los baños de Cauquenes. Han transcurrido siete meses y medio; pero hay que declarar que este año vienen las lluvias algo retrasadas. Los Andes, totalmente cubiertos de nieve ahora, forman admirable fondo de cuadro.

2 de Mayo.—Sigue el camino de la costa muy cerca del mar. Los pocos árboles y malezas que se encuentran



en Chile central desaparecen muy pronto, pareciendo reemplazarlos una planta muy grande, algo semejante á la yuca. La superficie del terreno es originalmente irregular, por decirlo así, pero en muy pequeña escala: puntas pequeñas de rocas se levantan de improviso en pequeñas llanuras. La muy escotada costa y el fondo del mar inmediato, sembrado de escollos, presentarían, si se secasen, el mismo aspecto y formas, y quizá se ha realizado ya esta transformación en la parte que hoy recorremos.

*3 de Mayo.*—Desde Quilimari á Conchalec se hace el país cada vez más estéril; apenas si hay en los valles bastante agua para unos cuantos riegos; las mesetas intermedias están tan completamente peladas que ni una cabra encontraría en ellas alimento. En primavera, después de las lluvias del invierno, crece muy deprisa una hierba, y entonces se hacen bajar de la Cordillera algunos rebaños para que la rocen. Es curioso ver cómo las semillas de la hierba y de las demás plantas parecen habituarse á la cantidad de lluvia que cae en las diferentes regiones de esta costa. Un chaparrón en el norte de Copiapó produce tanto efecto como dos en Guasco y como tres ó cuatro en el distrito que atravesamos. Un invierno lo bastante seco para dificultar algo los pastos en Valparaíso, produciría en Guasco la abundancia más extraordinaria. Tampoco parece que disminuya la cantidad de lluvia exactamente en proporción con la latitud conforme se avanza hacia el Norte. En Conchalec, situada sólo á 67 millas al Norte de Valparaíso, casi no se esperan las lluvias hasta fin de Mayo, mientras que en esta ciudad llueve, por lo común, desde principios de Abril. La cantidad de lluvia anual es tanto menor, cuanto más tardías comienzan las lluvias.

*4 de Mayo.*—No teniendo gran interés el camino de la costa nos dirigimos hacia el interior de las tierras, al valle y región minera de Illapel. Como todos los de Chile, este valle es llano, ancho y muy fértil, y festoneado á cada lado ora por dunas de detritus estratificados, ora por montañas rocosas. Más abajo de la línea de la primera zanja de riego todo está pardo y seco, como en un camino; más arriba todo está verde, pero de un verde tan brillante como el del cardenillo, por los campos enteros de alfalfa, especie de trébol. Nos dirigimos á Los Hornos, otro distrito minero, en el cual está la colina principal perforada por tantos agujeros como un nido de hormigas. Los mineros chilenos tienen costumbres muy originales. Como viven semanas enteras en los lugares más silvestres, no hay exceso ni estravagancia que no cometan cuando bajan á las poblaciones los días de fiesta. Por lo común han ganado una cantidad importante, y entonces, lo mismo que los marinos con su parte de botín, se ingenian para derrocharla. Beben con exceso, compran muchos trajes y al cabo de pocos días vuelven sin un cuarto á sus miserables chozas, para trabajar de nuevo como bestias de carga. Esa indolencia, tan marcada como la de los marinos, procede de su género de vida análogo. Se les da el alimento cotidiano, y por lo tanto, no tienen previsión ninguna; además, se reúnen al mismo tiempo en su poder la tentación y los medios de ceder á ella. En Cornouailles y en otros puntos de Inglaterra, en que se adopta, por el contrario, el sistema de venderles una parte de la vena, obligados los mineros á obrar y á reflexionar, son hombres muy inteligentes y de excelente conducta.

Tiene el minero chileno un traje original y casi pintoresco. Lleva una camisa larga de jerga oscura y



un delantal de cuero, sujeto todo con un cinturón de colores vistosos y un pantalón ancho; cubren sus cabezas con un casquetillo de tela encarnada. Encontramos numeroso grupo de estos mineros en traje de fiesta: llevaban al cementerio el cadáver de uno de sus compañeros. Cuatro hombres llevan el cuerpo trotando muy de prisa; cuando han recorrido unos 200 metros, otros cuatro que les preceden á caballo, los reemplazan. De este modo marchan animándose los unos á los otros con gritos salvajes; lo cual constituye sus extraños funerales.

Seguimos nuestro viaje, dirigiéndonos siempre hacia el Norte, pero dando muchos rodeos; á veces me detengo un día ó dos para estudiar la geología del país. Está la región tan poco habitada y tan poco trazados los caminos, ó, mejor dicho, senderos, que muchas veces cuesta trabajo encontrar el camino. El 12 me detengo para examinar unas minas. Me dicen que el mineral que aquí se explota no es muy rico; esperan, no obstante, vender la mina en 30 ó 40.000 pesos (de 150 á 200.000 pesetas) porque se extraen cantidades considerables; pertenece la mina á una compañía inglesa, que la compró al principio por la módica suma de una onza de oro (80 pesetas). El mineral es pirita amarilla; ahora bien, como ya he indicado, antes de la venida de los ingleses creían los chilenos que estas piritas no tenían ni un átomo de cobre. Las compañías mineras han comprado casi en las mismas condiciones de baratura, verdaderas montañas de cenizas llenas de glóbulos de cobre metálico, y sin embargo, como todo el mundo sabe, casi todas han logrado perder considerables sumas. Bien es verdad que los directores y accionistas de estas compañías se entregaban á despilfarros de los más disparatados; en algunos casos

han destinado 25.000 francos anuales para dar fiestas á las autoridades chilenas;—enviaban bibliotecas enteras de obras de geología, lujosamente encuadernadas;—se llevaban á todo coste mineros acostumbrados á un metal especial, por ejemplo, el estaño, que no lo hay en Chile;—se comprometían á proporcionar leche á los mineros en regiones en que no hay una sola vaca;—se construían máquinas, donde no había medio de utilizarlas;—se hacían otros mil gastos absurdos semejantes, de tal manera y en tal número, que aún hoy se ríen de nosotros los indígenas. Es indudable, sin embargo, que si los capitales locamente tirados se hubiesen empleado de un modo útil, se habrían ganado enormes sumas: un hombre experto en quien se hubiera podido tener confianza, un contra-maestro hábil y un químico, no se necesitaba más.

El capitán Head ha hablado de las enormes cargas que suben los *apires*, verdaderos bestias de carga desde el fondo de las minas más profundas. Confieso que creía exagerado el relato de tales atrocidades; pero logré ocasión de pesar una de las cargas elegida por mí al azar entre varias. Apenas podía yo levantarla del suelo, y sin embargo, la consideraban como muy pequeña cuando vieron que no pesaba más que 197 libras (89 kilogramos). El apire había transportado este fardo á una altura vertical de 80 metros, siguiendo primero un paso muy inclinado, pero la mayor parte de la altura trepando por muescas hechas en postes colocados en zig-zags en los pozos de la mina. Según los reglamentos, no debe detenerse el apire para tomar aliento, como no tenga la mina 600 pies de profundidad. Cada carga, pesa, por término medio, poco más de 200 libras (90 kilogramos), y me han asegurado que alguna vez se han elevado cargas de 300 libras



(126 kilogramos) de minas más profundas. En el momento de mi visita, cada apire subía doce cargas de aquellas al día; es decir, que en las horas de trabajo elevaba 1.087 kilogramos á 80 metros de altura; y todavía entre uno y otro viaje los ocupaban en extraer mineral.

Mientras no les ocurre algún accidente, estos hombres gozan perfecta salud; no tienen el cuerpo muy musculoso; rara vez comen carne, una vez por semana á lo sumo, y carne de *charqui*, dura como una piedra. Sabía yo que aquel trabajo era completamente voluntario, y, sin embargo, me indignaba cuando veía el estado en que llegaban á lo alto del pozo: el cuerpo doblado por completo, los brazos apoyados en los vacíos, las piernas arqueadas, todos sus músculos en tensión, corriéndoles arroyos de sudor por la frente y el pecho, con las narices dilatadas, los ángulos de la boca echados atrás y la respiración anhelante. Siempre que respiran se oye una especie de grito articulado «aye, aye», que termina por un silbido que les sale de lo más profundo del pecho. Después de ir vacilando hasta el punto en que se amontona el mineral, vacían su *capacho*; y á los dos ó tres segundos vuelven á tener la respiración normal, se enjugan la frente y tornan á bajar muy deprisa á la mina, sin que parezcan, en manera alguna, cansados. He aquí, en mi concepto, un ejemplo notable de la cantidad de trabajo que la costumbre, porque no puede ser otra cosa, conduce á realizar á un hombre.

Charlando por la noche con el *mayordomo* de estas minas de los muchos extranjeros que habitan hoy todas las regiones del país, me contó que cuando él era muchacho y estaba en el colegio en Coquimbo, lo que no era antiguo, puesto que él era joven todavía, les

habían dado permiso para ver al capitán de un buque inglés que había llegado para hablar con el gobernador de la provincia. Nada en el mundo—decía—hubiera decidido ni á él ni á sus compañeros á acercarse al inglés, tanto se les había inculcado la idea de que el contacto con un herético debía causarles una porción de desgracias. Todavía hoy (1835), se oyen contar en todas partes los fracasos de los cazadores, y sobre todo los de un hombre que se había llevado una estatua de la Virgen María y que después había vuelto al año siguiente por la de San José, diciendo que no convenía que la esposa estuviese separada de su marido. He comido en Coquimbo con una señora anciana que se admiraba de haber vivido bastante tiempo para haber llegado á sentarse á la mesa con un inglés; pues recordaba perfectamente que, por dos veces, siendo niña, al solo grito de «¡los ingleses!» todos los habitantes se habían refugiado en las montañas, llevándose los objetos más preciados.

*14 de Mayo.*—Llegamos á Coquimbo, donde permanecemos algunos días. La población no tiene nada de particular, fuera de su gran tranquilidad; se dice que tiene de 6 á 8.000 habitantes. El día 17 cae por la mañana ligera lluvia que dura unas cinco horas; es la primera vez que llueve en este año. Los labradores que cultivan el trigo cerca de la costa, donde el terreno es un poco más húmedo, aprovechan este riego para labrar las tierras; las sembrarán después de otra lluvia y si, por fortuna, cae una tercera, harán una recolección magnífica en la primavera próxima. Es interesantísimo observar el efecto producido por estas pocas gotas de agua. Doce horas después no quedaba vestigio alguno, parecía el suelo tan seco como antes; y sin embargo, pasadas otras diez horas, se notaba



como un tinte verde en todas las colinas; salía la hierba por doquiera en fibras tan finas como cabellos, pero de una pulgada de longitud. Antes de la lluvia toda la superficie del país se hallaba completamente desprovista de vegetación.

Por la noche, mientras el capitán Fitz-Roy y yo comíamos en casa de M. Edward, inglés, cuya hospitalidad recuerdan cuantos han visitado á Coquimbo, comienza un temblor de tierra bastante violento. Oigo el ruido subterráneo que precede al terremoto, pero los gritos de las señoras, el aturdimiento de los criados, la huida precipitada de muchas personas hacia la puerta, me impiden distinguir la dirección de la sacudida. Continúan las señoras mucho tiempo gritando de terror; uno de los convidados dice que no podrá pegar los ojos en toda la noche ó tendrá horriblas pesadillas. El padre de este hombre acababa de perder toda su fortuna en el terremoto de Talcahuano; él mismo había estado á punto de ser aplastado por el desplome del tejado de su casa en Valparaíso el año de 1822. Y á este propósito cuenta la anécdota siguiente: se iba á poner á jugar á las cartas, cuando un alemán, uno de sus huéspedes, se levanta y dice que no consentirá jamás, en este país, estar en un gabinete con la puerta cerrada, porque había corrido riesgo de ser aplastado en Copiapó por esta circunstancia. Se dirige, pues, á la puerta para abrirla, y apenas la había abierto, grita: «¡Un terremoto!» Era el famoso choque que comenzaba. Todos los reunidos lograron escapar. No es el tiempo material necesario para abrir una puerta lo que puede hacer correr peligro durante un terremoto, sino que debe temerse que el movimiento de las paredes impida el abrirla.

Es imposible no sentirse sorprendido cuando se ve

el miedo que producen los terremotos á los indígenas y á los extranjeros que llevan mucho tiempo en el país, aunque muchos tengan gran sangre fría. Creo que puede atribuirse este terror excesivo á una causa muy sencilla, y es que no resulta vergonzoso tener miedo. Los indígenas hasta van más allá: no quieren á los que se muestran indiferentes. Me han contado que durante un terremoto bastante violento, sabiendo dos ingleses que no corrían peligro estando acostados en el suelo y al aire libre, no se levantaban y los indígenas llenos de indignación, gritaban: «Mirad esos herejes cómo no dejan su cama.»

Consagro algunos días á estudiar las terrazas de guijarros, que afectan la forma de gradas, observadas primero por el capitán B. Hall, y que, según M. Lyell, han sido formadas por el mar durante la elevación sucesiva del suelo. Esa es, en realidad, la explicación verdadera de esta formación original; en estas terrazas he encontrado, en efecto, muchas conchas que pertenecen á especies actuales. Cinco terrazas estrechas, ligeramente inclinadas se elevan una tras otra; donde están mejor desarrolladas las forman guijarros; dan frente á la bahía, y se elevan á los dos lados del valle. En Guasco, al Norte de Coquimbo, se repite el mismo fenómeno, pero en mucha mayor escala, hasta llegar á sorprender á muchos de los naturales. Las terrazas allí son mucho más extensas, y podría dárselas el nombre de *llanuras*; en algunos puntos hay seis, pero lo más general son cinco, y se extienden en el valle hasta á distancia de 37 millas de la costa. Estas terrazas en gradas se parecen en todo á las del valle de Santa Cruz, y á las mucho mayores que orlan toda la costa de Patagonia, con la diferencia de que son mucho menores que estas últimas. Sin género de duda han